

haro tecglen

Vivir al día

¿Cómo juzgará la historia del futuro este año que ahora se convierte en ceniza? Una respuesta fácil es esta: el Año de la Luna. Por primera vez el hombre puso su planta en el viejo satélite. Es una buena efemérides. Mirando el acontecimiento sin perspectiva, sin saber cuáles pueden ser sus derivaciones y sus implicaciones, los dos vuelos Estados Unidos-Luna presentan un curioso aspecto muy propio de nuestro tiempo. El primer vuelo fue seguido con pasmo, admiración y comentario por casi todos los habitantes del planeta. El segundo, unos meses después, apenas despertó interés más que en los medios científicos especializados. El tema se había agotado. Es una época en la que la «segunda vez», la repetición, no interesan. Hay una ansiedad patológica por la «primera vez», por lo que no se había hecho o tenido nunca. Los departamentos de creación de las agencias de publicidad lo saben bien cuando etiquetan como «nuevo» —a ser posible con letras rojas y grandes— un producto. Esta psicología de la sociedad de consumo, esta ansiedad por el objeto cambiante y renovado, ha traspasado sus propios objetivos y límites y se está convirtiendo en una manera de ser, en una forma de enfrentarse con la vida. Es poco sana. Más bien es patológica. Engendra angustia. Afecta las relaciones humanas, hasta las más entrañables. Saturno devoraba a sus hijos, y decían que era el Tiempo. En nuestra época, Saturno padece hiperfagia y devora y devora incesantemente, sin tiempo apenas para dejar crecer nuevos hijos. El primer vuelo a la Luna era una novedad poderosa. El segundo, una tradición, un elemento del pasado: ya no vale. Ortega y Gasset lo había olfateado ya en 1929, en «La deshumanización del arte»: «Esta grave disociación de pretérito y presente es el hecho general de nuestra época, y en ella va incluida la sospecha, más o menos confusa, que engendra el azoramiento peculiar de la vida en estos años.

Sentimos que, de pronto, nos hemos quedado solos en la Tierra los hombres actuales». Lo repetiría un año más tarde, en «La rebelión de las masas»: «El hombre del presente siente que su vida es más vida que todas las antiguas, o dicho viceversa, que el pasado, íntegro se le ha quedado chico a la sociedad actual». Pero Ortega se refería al pasado lejano. Al Renacimiento, que se veía como «curso», a la Edad Media. No podía sospechar aún que un acontecimiento trascendental, histórico, iba a consumirse en unos meses.

Humphrey ha pedido este año tregua para su antiguo enemigo y actual Presidente Nixon, con una angustiada frase que refleja la situación: «Hemos elegido un Presidente para cuatro años; no podemos quemarlo en unos meses». Ya su antecesor, Johnson, tuvo que renunciar al segundo mandato presidencial al que le daba opción la ley de su país, y que pocos presidentes han dejado sin agotar. Y tuvo que anunciar su retirada un año antes de la fecha electoral para arrojarse así él mismo al tiempo pasado, para poder ser considerado como algo que ya no era y vivir con cierta invulnerabilidad el tiempo que le quedaba y que ya no era suyo, que ya había entregado. Nixon tomó posesión de la Casa Blanca el 20 de enero. No era estrictamente nuevo. Buscaba ciertos mitos de renovación. Dejó decir que un largo psicoanálisis había sacado un hombre nuevo de la entraña del viejo político de la guerra fría, apareció con una nueva forma. Que nadie sospechase que podía estar anclado en el pasado, que tenía una tradición política. Que nadie creyese que Nixon era Nixon. Pocas veces se ha visto una vertical tan pronunciada de caída. Los éxitos con que trata de sobredorar su carrera no le sirven. Los había hecho el pasado. El primer viaje a la Luna estaba ya programado, las conversaciones de limitación de armamentos con los soviéticos estaban previstas (Johnson, ya en enero de 1969, en su último Mensaje de la Unión, lo había preconizado y recomendado), el viaje a Rumania no ha dado resultados visibles. En cambio, Nixon no ha sabido romper el pasado, y en 1969 se esperaba un hombre que rompiera el pasado. Nixon no ha sabido o no ha podido resolver la guerra de Vietnam, la tensión racial, el crecimiento de la pobreza, el problema de Oriente Medio. No vale. Se ha quemado. En este momento aparece



NIXON: Una guerra sin resolver.



WILLY BRANDT: Una fuerza nueva.



POMPIDOU: Entre continuismo y novedad.

EN PUNTO

misterioso el sistema que ha de seguir para mantenerse en la presidencia los tres años que, por lo menos, le quedan.

En cambio, Willy Brandt ha brotado en los últimos meses del año con una fuerza nueva. Pompidou se debate en Francia entre la necesidad política del «continuidismo» que le permitió alzarse con la hacienda del General De Gaulle y su partido y la necesidad de ofrecer rasgos de algo nuevo. Es un conservador clásico. Redescubre fórmulas y quiere cabalgar el viejo jamego del anticomunismo. Con su deportivo, elegante y señorial primer ministro Chaban-Delmas forma un «tándem» al que la izquierda acusa de «fascismo». No siquiera de «neofascismo», al que el prelojo da un barniz de novedad restauradora. Pompidou querría repetir la hazaña del que fue su maestro, del viejo General, de situarse fuera del tiempo. No da la talla. Se le compara con Willy Brandt, al otro lado del Rin; Willy Brandt que, precisamente, acaba de desmontar su país del jamego anticomunista que sirvió durante largos años a Adenauer, que aún pudo hacer un trozo de recorrido histórico con Erhard y con Kiesinger. Willy Brandt se abre hacia el Este, dialoga con Moscú sobre la posibilidad de un tratado entre los dos países en que se renuncie a la fuerza como solución de los problemas, trata con Polonia sobre la base de la conservación de las fronteras impuestas por la guerra, busca tratados comerciales con Checoslovaquia, abre su país a las inversiones de capital extranjero —está muy seguro sobre su marco revaluado—, renuncia a la fabricación del arma atómica... Podría ser el hombre del año en política internacional.

Podrá dejar de serlo el año próximo. Podrá quemarse, si no se renueva continuamente. Si se llega a descubrir que sus aperturas son formas y no fondos, si no llegan los frutos dorados de su acción con cierta rapidez.

Naturalmente, no pueden achacarse al consumismo y su psicología peculiar todos estos agotamientos de hombres, hechos, valores. Hay problemas más profundos. Estamos en un mundo donde se han congelado las revoluciones y las guerras a la manera clásica. Se ha llegado a la conclusión materialista de que son imposibles, y a la filosófica de que son falsas soluciones. La dinámica de la vida se ha ido formando, o malformando, a lo largo de la Historia en este choque de la renovación brusca y repentina mediante la rotura violenta de los diques. Se trata hoy de volver por pasiva una frase de Clausewitz que se hizo histórica. Se trata de demostrar que la paz es la continuación de la guerra —o de la revolución— por otros medios. Se trata de demostrar que los diques establecidos por los poderes, por los grupos establecidos y satisfechos, son permeables o, más bien, no son tales diques. Tienen que ofrecer una movilidad continua. Esa movilidad muchas veces no es más que un disfraz, y los disfraces envejecen continuamente. Hay que cambiarlos por otros. Se puede pasar del uniforme al hábito, del hábito a la chistera, se puede agrandar el antifaz, pero las huellas dactilares que sujetan la vida dejan siempre la misma marca. Se puede hablar de que la técnica es una revolución, de que lo es el nuevo economismo, el nuevo cientifismo. Pero el negro americano, y el cholo, y el bantú, y el yoruba, el surmongólico y el eslovaco, sienten la misma mano apretando en su garganta, mientras el televisor les enseña la enorme bota astronáutica levantando el polvillo grisáceo de la Luna.

Mientras tanto, en Occidente, se tiene la inquietante sensación de vivir al día. No es tan grave la orfandad de pasado que denunciaba Ortega —que, por cierto, en otro escrito anterior, de su juventud, era antipasadista: «Amar al pasado es alegrarse de que haya pasado»— como sentirse huérfanos de futuro. En ciertos momentos brillantes de su historia, la humanidad —o los grupos humanos a quienes correspondía esa sensación— se ha sentido de una forma que podríamos denominar, con una imagen inverosímil, hija de su futuro. Ha sabido dónde iba. Se ha comportado como si tuviese noción clara y puntual de cómo iba a ser el porvenir, como si el porvenir ya hubiese sido, ya hubiese estado prefigurado. Ahora, al mismo tiempo que el pasado se precipita en el olvido en un lapso de meses, el futuro está entre nieblas. La pantomima de los gobernantes apenas divierte. Se vive al día.



VALPREDI (ANARQUISTA, DE EXTREMA DERECHA, AUTOR DEL ATENTADO)

TERRORISMO EN ITALIA

¿Se elabora un misterio?

Pino Pinelli, ferroviario, cuarenta y un años, fue detenido por la policía en relación con los atentados de Milán y Roma. La policía informó después que, aprovechando un descuido de los agentes que le vigilaban, se había arrojado por la ventana del lugar de detención y se había suicidado. Los suspicaces han recordado el asesinato oportuno de Oswald en los locales de la policía de Dallas. ¿Hubiera podido el supuesto anarquista Pinelli revelar el origen, la cabeza del acto terrorista? ¿Se suicidó o alguien ha eliminado al «hombre» que sabía demasiado? Poco después, la policía detendría a otro sospechoso, Pietro Valpreda, treinta y un años. Su filiación se hace derivar de «anarquista» a «individualista», que tiene una resonancia parecida. Un testigo asegura que Valpreda estuvo todo el día de los atentados en la cama, con 38 grados de fiebre. Otro asegura que le vio entrar y salir del Banco dinamitado, que cuando entró llevaba una cartera y cuando salió no la tenía. Pero, ¿cuál es la verdadera personalidad política de Valpreda? Se le dice ligado al grupo «22 de marzo». Con respecto a ese grupo, «Paese Sera» —diario próximo a los comunistas— lo considera como «de extrema derecha» y asegura que sus dirigentes proceden del M.S.I. (Movimiento Social Italiano, neofascista, anticomunista, sostenido por el alto capital

para luchar contra la «apertura a izquierda» y el régimen parlamentario). A la inversa, «Il Tempo» mezcla a Valpreda con el «Movimiento estudiantil» y dice que está subvencionado por organizaciones comunistas. «La Stampa» pide tregua, pide que no se adelanten especulaciones y acusaciones que no harían más que envenenar el clima. «No nos anticipemos, no precipitemos las condenas. Sólo la magistratura podrá decir si los indicios que se cargan al anarquista milanés prueban sin lugar a dudas su culpabilidad y cuál fue su papel. Por el momento, todo es aún vago. Experiencias recientes (basta con pensar en el asesinato de John Kennedy) deben hacernos prudentes en la apreciación de pistas y de coincidencias. En Italia no existe el delito de opinión y el código civil o penal es la única limitación a los derechos de la libertad. El país, que ha reaccionado con un admirable equilibrio a la masacre de Milán, pide una legalidad total y no leyes especiales». Una acusación insólita es la del «Observer», de Londres —que en su semana anterior había desvelado la existencia de un complot de extrema derecha en la que estarían mezclados los griegos—, contra el Presidente de la República, Giuseppe Saragat, dice que éste mantiene una «estrategia de la tensión» y que utiliza en favor de su política de «catastrofismo» sucesos